

Desinformación

Pascual Serrano

PASCUAL SERRANO

Desinformación

Cómo los medios
ocultan el mundo

PRÓLOGO DE IGNACIO RAMONET



EDICIONES PENÍNSULA

BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2009

© Pascual Serrano, 2009

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U.,
Ediciones Península.
edicionespeninsula.com/grup62.com

ISBN: 978-84-8307-918-8

Reservado todos los derechos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de estos derechos puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual. (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

PRÓLOGO

LA CENSURA DEMOCRÁTICA

De ahora en adelante nadie podrá decir que no sabía. Este nuevo libro de Pascual Serrano establece de modo definitivo, con un catálogo abrumador de hechos, datos y ejemplos, la prueba del ADN de que los medios desinforman. Demuestra el autor que la comunicación, tal como la conciben los medios dominantes en prensa, radio, televisión e internet, tiene como función principal convencer al conjunto de las poblaciones de su adhesión a las ideas de las clases dominantes. Y de votar por aquellas o aquellos que estén dispuestos a llevarlas a la práctica.

A pesar de esta dictadura mediática, nos damos cuenta de que hay una sensibilidad ciudadana extremadamente elevada con respecto a los problemas de los medios y su relación con la sociedad. El libro de Pascual Serrano da testimonio de esta preocupación. Basta con recordar lo que sucedió en España después de los atentados del 11-M. Mediante el uso del teléfono móvil o de internet, la gente envió toda una serie de mensajes para alertarse sobre las dudas que podían existir con respecto a la «verdad oficial» que estaba difundiendo el Gobierno de Aznar. Y así terminó rechazada esa falsa verdad. Se produjo la primera insurrección mediática, la primera guerrilla mediática, en la que los nuevos instrumentos ligeros de comunicación pudieron más que los mastodontes oficiales de los medios dominantes.

Eso significa que existe una extrema sensibilidad a la manipulación mediática, la gente sabe ahora que los medios son una bomba atómica que les entra en el cerebro; por consiguiente, no quieren que se abuse de tal potencia nuclear. Esa sensibilidad se encuentra en un número cada día mayor de

ciudadanos. Hoy, la gente común se interesa por el funcionamiento de este sistema mediático de fabricación de mentiras.

Y a ese interés responde este libro. Pascual Serrano nos abre los ojos sobre uno de los aspectos que menos se han estudiado hasta ahora de la manipulación mediática: la nueva forma de la censura. Por hábito o por pereza intelectual, seguimos pensando que la censura sólo la ejercen los gobiernos autoritarios, las dictaduras que la practican de forma ostensible, muy visible, amputan, prohíben, cortan, suprimen, truncan, cercenan. En suma, mutilan y dejan una obra o una información castrada y desmembrada. Nos negamos a plantearnos el problema de saber cómo funciona la censura en la democracia. Partimos del principio de que la censura es lo propio de la dictadura, y no de la democracia. Cuando en realidad hay que partir del principio de que la censura es lo propio del poder, de todo poder.

Por consiguiente, como hace Pascual Serrano aquí, hay que preguntarse cuáles son los mecanismos de la censura en democracia. Porque lo que es obvio es que la censura ya no funciona por restricción, o por amputación, o por supresión, como lo hace en los países donde se mata o se encarcela a los periodistas o se cierra un periódico, o se cortan las noticias, etc.

En las grandes democracias desarrolladas, salvo bochornosas excepciones, eso prácticamente ya no ocurre. Lo que sí ocurre es que hay mucha información que no circula, porque hay sobreinformación. Hay tanta, que la misma información nos impide —como un biombo o una barrera— acceder a la información que nos interesa. En las dictaduras es el poder el que nos impide acceder a la información. En la democracia es la propia información, por saturación, la que nos lo impide. Es decir que, en democracia, la censura funciona por asfixia, por atragantamiento, por atasco. Nos ofrecen tanta información y consumimos tanta información, que ya no nos damos cuenta de que alguna (precisamente la que más me haría falta) no está. La ocultación y la disimulación, en esa masa de información que se consume, son las formas de la censura de hoy. Y esa «censura invisible» es la que practican los grandes grupos

mediáticos y los gobiernos. En total impunidad. Estamos pues en una situación en la que creemos que, por el hecho de tener más información, tenemos más libertad; cuando en realidad, si analizamos bien, tenemos tan escasa información como en otros momentos.

El poder de los medios y su influencia en la opinión pública están vaciando a la democracia de su sentido. Es una cuestión que hoy se plantea en muchas sociedades. Por ejemplo, cuando votamos, ¿votamos libremente?, ¿es mi libre albedrío el que me conduce a votar por Fulano o por Mengano? O bien, en realidad, ¿es porque me han metido en la cabeza una serie de ideas que hacen que yo, como una marioneta, vaya a votar por lo que me han dicho? Como bien dice Noam Chomsky: «En nuestras democracias, un presidente es un producto del sistema de construcción mediática de candidatos». La industria de las relaciones públicas, que promueve vender candidatos de la misma forma que vende mercaderías, da su premio anual, en la categoría mejor marketing, a la marca Fulano. Ese sistema es claramente no democrático; un tipo de «dictadura por elección»; una construcción política en la cual el pueblo contempla la acción y no es protagonista.

Sabemos que la invasión de Iraq se hizo bajo falsos pretextos que dieron lugar a mentiras de Estado. El propio presidente democráticamente elegido de un gobierno democrático difundió informaciones falsas, sabiendo además que eran falsas; y todos los medios dominantes repercutieron esa información falsa, engañando así a millones de ciudadanos.

Esto es algo que uno puede imaginar en dictaduras o en regímenes autoritarios pero que, desde un país democrático, con el apoyo de los medios, se haya podido hacer esa gigantesca manipulación con las consecuencias trágicas que eso ha supuesto, parecía inconcebible. Por eso hay una sensibilidad particular a este problema de la información y cada vez más exigencia para que nos dotemos de algún sistema que nos permita tener garantías sobre las noticias que consumimos.

Porque con la información está ocurriendo lo que pasó con la alimentación. En algunos países se pasó de una alimentación que era estructuralmente de penuria, a una situación de

abundancia de todos los productos, en todas las estaciones del año. Pero ahora se descubre que esa alimentación está contaminada con pesticidas y fertilizantes químicos, y que ello provoca toda una serie de muertes por cáncer, por infartos o problemas de obesidad, etc. Esto creó tal desconfianza que, ahora, existen tiendas ecológicas donde sólo se venden productos orgánicos, producidos sin pesticidas y sin elementos dañinos para la salud.

Con la información está sucediendo lo mismo. Antes había poca información, ahora la información es excesiva; pero esta información está contaminada con mucha mentira, con mucha falsedad, con mucha ocultación, etc. Entonces, cada vez hay más gente que quiere una información ecológica y busca lo que podríamos llamar una «información orgánica», con un distintivo que diga «ésta es una información orgánica, verificada, sin falsedad, sin mentiras. Una información que no daña su salud mental, que no le manipula». Y el primer trámite obligatorio en esa vía de purificación mediática consiste en leer este indispensable libro de alerta de Pascual Serrano.

IGNACIO RAMONET

INTRODUCCIÓN

Hasta nuestros días se ha confiado en los periódicos como portavoces de la opinión pública. Pero muy recientemente, algunos nos hemos convencido, y de un modo súbito, que no gradual, de que no son en absoluto tales. Son, por su misma naturaleza, los juguetes de unos pocos hombres ricos. El capitalista y el editor son los nuevos tiranos que se han apoderado del mundo. Ya no hace falta que nadie se oponga a la censura de la prensa. No necesitamos una censura para la prensa. La prensa misma es la censura. Los periódicos comenzaron a existir para decir la verdad y hoy existen para impedir que la verdad se diga.

G. K. CHESTERTON, 1917

Los grandes acontecimientos del mundo están todos los días presentes en los medios de comunicación: la guerra de Iraq, la situación en Afganistán, el conflicto palestinoisraelí, la política de Chávez en Venezuela, el debate sobre la construcción europea, la emigración africana, las elecciones estadounidenses... Sin embargo, pocos de los lectores o de las audiencias de los grandes medios podrían interpretar los orígenes del conflicto palestino, las claves de la violencia en Iraq, el programa político de la revolución bolivariana, el funcionamiento electoral de Estados Unidos o el contenido del Tratado de Lisboa.

Un repaso a los temas que han dominado la agenda en los últimos años nos permite comprobar que los asuntos tratados nunca están contextualizados, no se presentan los antecedentes que permiten comprenderlos y menos aún comparaciones para poder valorarlos en su justa medida.

Mediante decenas de entrevistas a expertos, búsqueda de información en fuentes originales, utilización de bibliografía especializada que profundiza en los temas o el recurso a medios alternativos y comunitarios, este libro repasa los aconte-

cimientos de los últimos años en el mundo para dejar en evidencia cómo los medios no explican el mundo, enfocan los conflictos desde la miopía de Occidente, dividen a los gobiernos entre buenos y malos según sus intereses e intentan anclar los principios del *statu quo* dominante.

El resultado de nuestro modelo informativo masivo y empresarial es la división de los ciudadanos en dos tipos: una gran mayoría que consume grandes medios de comunicación de forma acrítica y se convierte en carne de manipulación informativa y una élite política e intelectual que logra comprender las claves del mundo. De esta última, una parte utiliza esa información para aprovecharse y otra —la crítica— se ve obligada a convivir con la impotencia de no lograr que su mensaje llegue a la comunidad ciudadana. El objetivo de este libro es intentar que el mayor número de personas abandonen el grupo de consumidores pasivos de información y se incorporen a una ciudadanía crítica, desconfiada de los medios, que quiere conocer la verdad para, entonces, ser realmente libres.

Aunque al abordar cada país o región se incluye una breve introducción con la que se pretenden aportar algunos elementos de contexto imprescindibles para comprender el análisis informativo, es importante aclarar que esta obra no tiene como objeto que el lector comprenda la actualidad mundial de los últimos años. Para ello, hemos intentado aportar numerosas fuentes y bibliografía que profundizan mucho más. Nuestra pretensión es mostrar suficientes datos informativos para dejar en evidencia ante el lector la tremenda distancia que hay entre la realidad y lo que nos cuentan.

En la época de internet hemos considerado buena idea incluir en cada cita y fuente su dirección exacta en la red si se encontraba disponible. El carácter dinámico de internet puede provocar que algún enlace ya no se encuentre en vigor, pero creemos que estas excepciones no invalidan la aportación que supone poder consultar el resto.

Creo que hasta ahora en ninguno de mis proyectos había contado con tanta participación y ayuda como he necesitado para este libro. Para empezar, todos mis compañeros de *Rebellion.org* que con su trabajo diario han conseguido un archi-

vo de documentación sin el cual no hubiera podido ni imaginarme iniciar esta obra. La necesidad de recurrir a fuentes en varios idiomas ha hecho imprescindible y valiosísimo el esfuerzo de Germán Leyens, Juan Vivanco y Manuel Talens, que con carácter instantáneo me iban traduciendo los textos que les proponía. Poner en duda la línea informativa de los grandes medios de comunicación, requiere legitimarse con las opiniones y valoraciones de profundos conocedores de cada tema o cada país. Muchas de sus posiciones han sido recogidas de libros y trabajos en publicaciones periódicas pero también resultaron necesarias las entrevistas expresamente realizadas para este libro. Todos ellos me atendieron con mucho gusto y comprendieron la importancia de este trabajo. Se trata de Txente Rekondo, del Gabinete Vasco de Análisis Internacional; Mónica G. Prieto, corresponsal del diario *El Mundo* en Oriente Medio; Vicenç Navarro, catedrático de Economía de la Universidad de Barcelona y profesor de Políticas Públicas en Estados Unidos; el escritor Alfons Cervera; Michel Collon, periodista belga y experto en medios de comunicación; Roberto Montoya, periodista de *El Mundo* y experto en política internacional; Vicente Romano, doctor en Ciencias de la Información; Carlos Fernández Liria, profesor de Filosofía; Carlos Tena, periodista español afincado en La Habana; José Manzaneda, periodista del proyecto Cubainformación; Salim Lamrani, profesor universitario francés especializado en Cuba; Alberto Roque Guerra, miembro del Centro Nacional de Educación Sexual (CENESEX) en La Habana; Hernando Calvo Ospina, periodista francocolombiano; Ramsey Clarick, ex fiscal general de Estados Unidos; Gloria Larriba, periodista y activista estadounidense; Nazanín Amirian, escritora iraní afincada en Barcelona; Agustín Velloso, profesor de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) y miembro del Comité de Solidaridad con la Causa Árabe; Javier Couso, especialista en Iraq y miembro de la Campaña contra la Ocupación y por la Soberanía de Iraq, su hermano fue asesinado en Bagdad en abril de 2003 por el disparo de un tanque estadounidense; Alberto Piris, general de artillería en la reserva del ejército español y actualmente analista de opinión en diferentes medios;

Xulio Ríos, director del Instituto Galego de Análise e Documentación Internacional y miembro del Consejo Asesor de Casa Asia; Aloia Alvarez, especialista en Información Internacional y Países del Sur, miembro del Grupo de Estudios Africanos de la UAM y responsable de la revista *Pueblos*, y José García Botía, especialista en África, en especial en la República Democrática del Congo.

A todos ellos añadir al escritor y amigo Santiago Alba, cuyas orientaciones me son siempre imprescindibles y me ayudan a encontrar el norte entre las palabras y entre los principios. Mi agradecimiento a Caty R., que revisó puntillosa y profesionalmente cada palabra de este libro. Y a Ignacio Ramonet, cuyo talento y profesionalidad me sirve de ejemplo y quien no duda en acudir a mis requerimientos siempre que le pido, en esta ocasión para presentar en el prólogo esta obra. Por último, a quienes sufren mis silencios, o peor aún, mis imperativos de silencio mientras escribo: mis padres Basilio e Isabel, mi compañera Mapi y Camilo, con quien podré pasear más tiempo una vez terminado este libro.

I

ASÍ FUNCIONA EL MODELO

—Cuando digo una palabra —dijo Humpty Dumpty—, ésta quiere decir lo que quiero que diga, ni más ni menos.

—La pregunta es —insistió Alicia— si se puede hacer que las palabras puedan decir tantas cosas diferentes.

—La pregunta —dijo Humpty Dumpty—, es saber quién es el que manda... eso es todo.

Diálogo entre Alicia y Humpty Dumpty,
LEWIS CARROLL, *ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS*, 1865

En los periódicos y en los noticieros televisivos se cocina de muy mala manera, pero nuestra sociedad devora el alimento basura con total algarabía. Y con la mayor impunidad. No hay inspección sanitaria informativa, ni a los telediarios se les exige una etiqueta en la que se indiquen sus ingredientes o su elaboración, nada garantiza que la dosis de noticias que tomamos haya sido contrastada adecuadamente. Así lo interpretaba la profesora de periodismo de la Universidad Rey Juan Carlos, Concha Mateos.[\[1\]](#)

¿Cuántos productos informativos conocemos que las autoridades hayan retirado del mercado debido a su mala calidad? La mayor parte de las noticias que nos llegan se elaboran resumiendo, sin crítica y sin contrastarlas, algo que una fuente interesada ha contado a los periodistas. Es decir, el periodista —generalmente muy mal pagado, no especializado, con gran presión de tiempo y un contrato precario, temeroso de perder su puesto de trabajo— va a un lugar al que le ha citado alguien que tiene interés en hacer saber algo, toma nota de lo que le cuentan, con frecuencia no puede preguntar, resume lo más llamativo y fácil de entender y con eso elabora la noticia. Si es mentira, no lo sabrá ni tendrá tiempo de comprobarlo

antes de que la noticia se emita. Sólo en la comunidad autónoma andaluza las televisiones locales recibieron una inspección de trabajo, y de un total de 145 casos encontraron 61 incidencias: trabajadores sin inscripción y alta en la seguridad social, falsos becarios, falsos autónomos...[2] La inspección se realizó gracias a la presión de las organizaciones de periodistas de Andalucía y es pionera y única en España. Nada invita a pensar que el panorama en las grandes cadenas sea diferente.

Por otra parte, casi la cuarta parte de las fuentes consultadas son decorativas, sirven para adornar la información, darle color humano, rostro, poner una nota de gracia o curiosidad... es decir, nada informativo, lo que los especialistas llaman pseudofuentes (el 23por100).

Y aún hay más, el escritor y periodista polaco Ryszard Kapuscinski comparaba la situación de censura que vivió en su país durante el denominado socialismo real con el panorama actual en los medios. Según él, aquella censura ahora está maquillada por la manipulación. Si antes, en su Polonia natal, los gobiernos impedían la difusión de determinadas noticias, ahora, mediante los silenciamientos, la frivolidad, el desvío de la atención a asuntos menores, la marginación de intelectuales díscolos e incluso las mentiras, el panorama de desinformación de la misma víctima —el ciudadano de a pie— no ha mejorado. El catedrático de Teoría de la Comunicación y presidente del mensual *Le Monde Diplomatique*, Ignacio Ramonet, no ha dudado en calificar de crisis la situación actual de los medios de comunicación.[3] Las razones hay que buscarlas en el control cada vez más descarado que los grupos accionistas tienen sobre las líneas editoriales, hasta el desarrollo de internet o el fenómeno de la prensa gratuita, que en el fondo no supone otra cosa que aumentar la dependencia de la publicidad. Pero también está contribuyendo a esta crisis, y es el tema que abordamos en esta obra, la pérdida de credibilidad que ha llevado a una situación en la que «la parcialidad, la falta de objetividad, la mentira, las manipulaciones o simplemente las imposturas, no cesan de aumentar. Sabemos que no ha existido ninguna época dorada de la información,

pero actualmente esas derivas han alcanzado también a los diarios de calidad».[4]

El asunto no es baladí, recordemos que el artículo 19 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) establece el derecho a «recibir informaciones y opiniones». En el caso español, nuestra Constitución es la primera en Europa que recoge el derecho a recibir una información «veraz». Por lo tanto, si las noticias de nuestros medios no poseen la veracidad ni la calidad necesaria y las opiniones no están equilibradas, se estarán violando los dos pilares legislativos fundamentales de nuestra comunidad por mucho que sigan alardeando de libertad de prensa.

Ignacio Ramonet recuerda casos emblemáticos que sólo muestran la punta del iceberg del desastre mediático. En Estados Unidos, Jayson Blair, el periodista estrella que falsificaba hechos, plagiaba artículos de internet y que incluso inventó decenas de historias, causó un perjuicio colosal al *New York Times*, que a menudo publicaba sus fabulaciones en portada.[5] Pocos meses después estalló otro escándalo, aún más estruendoso, en el primer diario de Estados Unidos, *USA Today*. Su más célebre reportero, Jack Kelley, una estrella internacional que desde hacía 20 años viajaba por todo el mundo, que había entrevistado a 36 jefes de Estado y cubierto una decena de guerras había inventado cientos de relatos sensacionalistas detallando como hechos y situaciones vividas lo que sólo era fruto de su imaginación.[6] En plena campaña electoral, Dan Rather, el presentador estrella del informativo televisivo de CBS y del prestigioso programa «60 minutos», reconoció que había difundido, sin verificarlos, falsos documentos para probar que el presidente Bush había gozado de ayuda para evitar que lo enviaran a la guerra de Vietnam.[7] En opinión de la socióloga Ángeles Díez, una de las autoras del libro *Manipulación y medios en la sociedad de la información*, el sistema dominante no requiere siquiera de la manipulación, basta con ese «recorte de la realidad» que nos ofrecen como verdad única y el hecho de que han ido desapareciendo los espacios de interacción social (centros de trabajo, sitios

de reunión, espacios colectivos), de forma que el ciudadano se encuentra solo ante la televisión, la radio y el periódico.

Ryszard Kapuscinski, tras cuarenta años de experiencia, se preguntaba en su discurso de la ceremonia de entrega de los premios de periodismo Stora Journalistpriset, en Estocolmo, en qué medida los medios de comunicación son un espejo fiel del mundo. Este periodista polaco señalaba que las nuevas tecnologías, la instantaneidad y el directo habían cambiado las condiciones de la profesión periodística.

Desde que está considerada como una mercancía, la información ha dejado de verse sometida a los criterios tradicionales de la verificación, la autenticidad o el error. Ahora se rige por las leyes del mercado.[8]

Así, los grandes medios de todo el mundo replicaron como verdaderas, sin comprobar, las afirmaciones de la Casa Blanca con las que justificaron su invasión de Iraq. Todo lo que desvelaba Michael Moore en su documental *Fahrenheit 9/11* era información conocida que, simplemente, habían escondido debajo de las alfombras los medios de comunicación. Todo ello le lleva a Ramonet a plantear que

cada vez más ciudadanos toman conciencia de esos nuevos peligros y se muestran muy sensibles con respecto de las manipulaciones mediáticas, convencidos de que en nuestras sociedades hipermediatizadas vivimos paradójicamente en un estado de inseguridad informativa. La información prolifera, pero sin ninguna garantía de fiabilidad. Asistimos al triunfo del periodismo de especulación y de espectáculo, en detrimento del periodismo de información. La puesta en escena (el embalaje) predomina sobre la verificación de los hechos.[9]

El 51por100 de los estadounidenses creía, poco antes de la invasión de Iraq, que Saddam Hussein había participado «personalmente» en los atentados del 11-S contra EE. UU., según reveló un sondeo de la cadena de televisión CNN y el periódico *USA Today* de marzo de 2003. Y meses después de em-